

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El Duende En La Tienda

Érase una vez un estudiante que vivía en el último piso de un edificio propiedad de un tendero. Él no era dueño de nada. El tendero vivía abajo, y toda la casa le pertenecía. También vivían allí una vendedora y una criada. Además, en la casa vivía un duendecito. Cada Nochebuena, recibía un cuenco de gachas con un gran trozo de mantequilla encima. El tendero se lo daba con mucho gusto. Al duendecito le encantaba quedarse en la tienda, donde podía aprender mucho.

Una tarde, el estudiante entró por la puerta de atrás para comprar velas y queso para él. No tenía a nadie que le hiciera la compra, así que la hizo él mismo. Compró lo que necesitaba y lo pagó. El tendero y la vendedora lo saludaron con la cabeza. La



vendedora era alguien que podía hacer algo más que asentir. Sabía hablar muy bien. El estudiante les devolvió el gesto y se quedó quieto leyendo el papel que envolvía el queso. El papel había sido arrancado de un viejo libro lleno de

poesía. En realidad, esto no debería haber ocurrido, ya que se trataba de un hermoso libro antiguo.

—Hay más libros así —dijo el tendero—. Le pagué a una anciana unos granos de café por ellos. Si me das ocho céntimos, puedes quedarte con el resto.

—Bueno, muchas gracias —dijo el estudiante—. Dame ese libro en lugar del queso. ¡Puedo comerme un bocadillo sin nada encima! Sería una pena que todo el libro se hiciera pedazos. Eres una persona maravillosa, tendero. También eres un tendero práctico, pero hasta un cubo sabe más de poesía que tú.

Lo que dijo el estudiante no fue muy amable, sobre todo con el cubo. Pero el tendero se rio, y el estudiante también. Al fin y al cabo, sólo era una broma. Al duendecito le molestó bastante que alguien se atreviera a decirle algo así al tendero. El tendero era el dueño de la casa y vendía la mejor mantequilla. El duende decidió gastarle una broma al estudiante.

Al caer la tarde, y con la tienda cerrada, todo el mundo estaba en la cama; excepto el estudiante. El pequeño duende subió las escaleras y tomó prestada la lengua de la vendedora. No la necesitaba cuando dormía. Ahora podía utilizarla para expresar sus pensamientos y sentimientos tan bien como la propia vendedora. Una lengua te permite hablar. Es una bendición que sólo una persona a la vez pudiera tomar prestada la lengua, de lo contrario, ¡todos hablarían por encima de los demás!

El duendecillo puso la lengua en el cubo donde se guardaban los periódicos y los libros viejos. Luego preguntó al cubo:

—¿Es verdad que no sabes lo que es la poesía?

—Yo sé algo de eso —dijo el cubo—. Es algo que se imprime al pie de los periódicos y se recorta. Creo que tengo más de eso `en mí` que el estudiante. Pero sólo soy un humilde cubo comparado con el estudiante.

Entonces el duendecito puso la lengua en el molinillo de café. Vaya, giró muy rápido, con mucho parloteo. Luego la puso en la mantequera y en la caja registradora.

También empezaron a hablar. Todos estaban completamente de acuerdo con el cubo. Y cuando la mayoría está de acuerdo, ¡hay que respetarlo!

—Ahora voy a gastarle una broma al estudiante —dijo el duendecito. Subió tranquilamente por la escalera de la cocina hasta el piso del desván, donde vivía el estudiante. La luz estaba encendida y el duende miró

por el ojo de la cerradura. Vio que el estudiante estaba leyendo el libro roto del piso de abajo.

¡Qué luz había dentro! De repente, un rayo brillante salió disparado del libro. El rayo se convirtió en un tronco y luego en un poderoso árbol con ramas que se extendían sobre el estudiante. Cada hoja era tan fresca y cada flor tan hermosa, como la cabeza de una niña. Algunas flores eran

oscuras y radiantes, otras flores eran muy azules y tan maravillosamente brillantes. Cada fruto era como una



estrella brillante. Entonces el árbol empezó a cantar. Sonaba deliciosamente hermoso.

No, el pequeño duende nunca había imaginado nada tan maravilloso. Nunca había visto nada tan maravilloso y nunca había sido capaz de pensar en algo tan maravilloso. Permaneció de puntillas y miró y miró hasta que se apagó la luz interior. El estudiante apagó la lámpara y se fue a la cama. Pero el duende seguía allí. El suave canto sonaba terriblemente hermoso. Era como una dulce canción de cuna para el estudiante.

—Qué maravilloso es esto —dijo el duende—. ¡Nunca esperé esto! Creo que me quedaré con el estudiante — entonces pensó profunda y sabiamente durante un momento, y luego suspiró—. El estudiante no tiene gachas.

Así que decidió volver con el tendero.

Fue una suerte que volviera abajo. El cubo casi había agotado la lengua de la vendedora al decirle todo lo que tenía dentro con un lado. Estaba a punto de girar el otro lado y hacer lo mismo. En cuanto el duende lo vio, le devolvió rápidamente la lengua a la vendedora.

Pero a partir de ese momento, toda la tienda, desde la caja registradora hasta la leña, tenía la misma opinión que el cubo. Todos apreciaban tanto al cubo y tenían tanta confianza en él que realmente creían que cuando el tendero leía la sección de Arte y Teatro del periódico por la tarde, todo venía del cubo.

El duende ya no escuchaba toda aquella sabiduría e inteligencia. No, en cuanto la luz brillaba desde la

habitación del desván, era como si los rayos, fuertes como cuerdas de ancla, tiraran de él hacia arriba. Tenía que subir y mirar por el ojo de la cerradura.

Se sentía pequeño. Como podemos sentirnos pequeños cuando estamos en la playa del mar embravecido y Dios deja que se desate la tormenta. El duende incluso rompió a llorar, no sabía por qué, ¡pero era una dicha llorar así!

Sería absolutamente maravilloso sentarse bajo ese hermoso árbol con el estudiante. Por desgracia, eso no fue posible, pero ya estaba contento con el ojo de la cerradura. Una vez, se quedó de pie en el frío pasillo cuando la tormenta de otoño sopló a través de la claraboya. Hacía frío, mucho frío. El pequeño duende no lo sintió hasta que se apagó la luz de la buhardilla y el viento ahogó la música. Tenía mucho frío. Así que rápidamente se arrastró de vuelta a su cálido rincón, donde todo era agradable y acogedor. Luego, en Nochebuena, cuando llegaron las gachas con mantequilla, volvió a saber que el tendero era el jefe más importante.

En mitad de la noche, el duende se despertó por un terrible alboroto. La persiana traqueteaba, la gente de fuera la golpeaba. El vigilante nocturno hizo sonar su silbato. Había un gran incendio. Toda la calle estaba en llamas. ¿Era aquí, en la casa, o en casa del vecino? ¿Dónde estaba? ¡Qué susto!

La vendedora estaba tan alterada por el incendio que se quitó las argollas de oro de las orejas y se las metió en el bolsillo para guardar algo. El tendero se paseaba de

un lado a otro, intentando guardar su dinero. La criada intentaba salvar su capa de seda. Todos intentaban salvar algo. El duende también quería salvar algo.

De un par de saltos, subió corriendo las escaleras y estaba dentro con el estudiante. El estudiante estaba sentado tranquilamente junto a la ventana abierta, observando el fuego que ardía en el patio de los vecinos. El duende tomó el maravilloso libro de la mesa, se lo puso en la gorra roja y lo sujetó fuertemente con ambas manos. Afortunadamente, ¡ahora había salvado el tesoro más valioso de la casa!

Luego se escapó, hasta el tejado e incluso por la chimenea. Allí se sentó a la luz de la casa en llamas de enfrente. Sostenía con ambas manos su gorra roja, que contenía el tesoro. Ahora sabía lo que su corazón deseaba y a quién pertenecía de verdad. Pero cuando el fuego se extinguió, volvió en sí...

—A partir de ahora me dividiré entre el estudiante y el tendero —dijo—. No puedo dejar atrás al tendero, siempre me da unas gachas deliciosas.

Y eso era muy humano por parte del duende. Al fin y al cabo, ¡nosotros también vamos a la tienda a comprar comida sabrosa!